

suelen ser fecundos sino en flores y en hojas; á los inviernos mas dilatados y mas ásperos suelen ordinariamente corresponder unos otoños muy abundantes de frutos.

Si queremos comprender el valor y el mérito de esas pequeñas cruces, no perdamos de vista á los que fueron nuestros modelos. ¿Qué santo hubo sin persecuciones? ¿qué alma fervorosa sin contradicciones? Aquellos héroes cristianos, de quienes no era digno el mundo, todos fueron maltratados. Regocijaos, dice el Salvador, cuando os tocáre tan dichosa suerte; porque esas pruebas y esas cruces son prendas del premio que os aguarda.

¡O Dios mio, y qué poco he comprendido hasta aquí un misterio tan lleno de consuelo! ¡qué digno de compasion es el que es del gusto del mundo! No, Señor, ya no tendré por desgracia las adversidades ni las persecuciones. Asistidme con vuestra gracia, para que de hoy en adelante me aproveche de ellas como debo.

JACULATORIAS. — Tan léjos estaré, mi Dios, de quejarme de las persecuciones que padeciere por serviros, que de hoy en adelante serán todo mi consuelo. (2. Cor. 42.)

Como yo esté, Señor, á vuestro lado, poco se me dará de que todo el mundo y todo el infierno se armen contra mi. (Job 47.)

PROPOSITOS.

1 *Hijo mio, dice el Espiritu Santo, cuando te resuelvas á servir á Dios, mantente firme en la justicia y en el temor, y disponte para padecer muchas pruebas y muchas contradicciones. No te quejes, pues, estando tan prevenido, si te trataren con desprecio y con desvío, luego que te declares por el partido de la devoción. Toda virtud lisonjeada bastardea. Esas escarchas en el país de la virtud son mas útiles de lo que se piensa.*

El frio y los vientos purifican el aire y matan los insectos, que en temperamento mas blando acabarían con todo. No des motivo á los imperfectos para desacreditar la devocion con tus extravagancias, con tus indiscreciones, con tu inmortificación, ni con tu rusticidad; pero cuando te tuvieren por importuno y por ridiculo, porque eres regular; cuando te censuraren porque cumples con tu obligacion, porque eres circunspecto, reservado, religioso, y porque arreglas tus costumbres por la pauta del Evangelio, bendice al Señor, y guárdate bien de alligirte. Si yo fuera del gusto de los malos, decia S. Pablo, no lo seria del de mi divino Maestro. *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.*

Fortalécete contra tu sensibilidad y contra tu delicadeza; y en adelante ten por insigne favor esas pequeñas amarguras, porque son excelente antidoto contra el veneno de las pasiones. Resuélvete desde hoy á ser fiel en esto, y ten continuamente en la memoria aquellas palabras del apóstol S. Pedro: *Si quid patimini propter justitiam, beati* (1. Petr. 3.): Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.

2 La persecucion es útil á la virtud; pero los perseguidores son dignos de compasion. Guárdate tú de aumentar el número de ellos con tus zumbas poco cristianas, ó con tu desprecio de los virtuosos. Antes has de procurar se tenga entendido que tu estimacion y tu especial cariño se reserva únicamente para estos. ¿Tienes criados, hijos ó súbditos? ¿ocupas algun puesto, dignidad ó empleo sobresaliente? Sépase que en tus inferiores no aprecias ni el ingenio, ni los talentos, ni otras prendas brillantes, cuando no las sirve de basa la virtud. ¿Tienes que proveer algun cargo, que hacer alguna gracia, que dispensar alguna gratificación? Pues sea siempre en favor de los mas virtuosos; y entiendan todos, que estos han de ser siempre los preferidos. Si se tuviera este debido cuidado, especialmente respecto de los hijos, de los domésticos y de los inferiores, no harian tantos progresos la indevocion y la licencia. En presencia de ellos habla siempre con particular elogio del mérito de la virtud, y sea tu misma conducta la prueba mas eficaz de lo mucho que la aprecias. Alaba en todas ocasiones á los virtuosos y á los ejemplares; y cuando estés delante de tus hijos haz estudio de celebrar la modestia, la devocion, la compostura de otros de su misma edad. Ninguna cosa es mas perjudicial á la perfeccion religiosa, que las particulares exenciones con que los superiores suelen atender á los mas imperfectos, al mismo tiempo que no hacen caso, y aun atropellan á los mas fervorosos.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES MARCO Y TIMOTEO, en Roma, los cuales fueron martirizados en tiempo del emperador Antonino.

SAN EPIGMENTO, presbítero, en la misma ciudad, el cual alcanzó la palma del martirio habiéndolo degollado en la persecucion del emperador Diocleciano, siendo juez Turpio.

EL MARTIRIO DE SAN PIGMENTO, presbítero, tambien en Roma, el cual en tiempo de Juliano apóstata, habiéndolo arrojado en el Tiber, fué muerto por confesar la fe de Jesucristo.

EL GLORIOSO TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES TIMOLAO, DIONISIO, PAUSIDES, RÓMULO, DOS ALEJANDROS, AGAPIO, Y OTRO DIONISIO; en Cesarea de Palestina, los cuales en la persecucion de Diocleciano, merecieron la corona de la vida habiendo sido degollados por orden del presidente Urbano.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS HERMANOS RÓMULO Y SEGUNDO, en Berberia, martirizados por confesar la fe de Jesucristo.

SAN SIMON, niño, en Trento, que lo mataron cruelisimamente los judios y resplandeció despues en muchos milagros. (Véase su noticia en las de este día.)

SAN AGAPITO, obispo, en Sinnada, en Frigia. (Véase su noticia en las de este día.)

SAN LATINO, obispo, en Bressa.

SAN SELEUCO, confesor, en Siria.

SANTA CATALINA DE SUECIA, VÍRGEN.

SANTA Catalina, hija de Ulfon de Guthmarson, príncipe de Nericia, en Suecia, y de la célebre Sta. Brigida, nació al mundo por los años de 1330. Quiso su santa madre criarla á sus mismos pechos, y de esta manera la bendita niña mamó la devoción con la leche. Parece que se anticipó en ella á la edad el uso de la razon. Desde la cuna no tuvo otra inclinacion que á la virtud, habiéndosela notado un sumo horror á todo lo que podia lastimar aun levemente la modestia, y no pudiendo darla mayor gusto que enseñarla á tener oracion.

Apenas la destetaron, cuando su santa madre, observando en la niña tan bellas disposiciones hácia la piedad, la entregó á la ejemplar abadesa Risberg, para que á su vista se educase en su religioso monasterio. Siendo de siete años, como un día se hubiese estado jugando con otras niñas, en tiempo que debiera estar haciendo labor, aquella noche recibió en sueños una reprobacion tan severa, que despertó atemorizada, y deshaciéndose en lágrimas para castigar aquel ligero gusto, prometió no volver jamás á divertirse en ningun género de juego, lo que cumplió exactamente toda la vida.

Fué Catalina una de las mas celebradas hermosuras de su tiempo; y su vivacidad, su modestia y su eminente virtud la merecieron el concepto universal de ser la mas cabal princesa de su siglo. Por eso luego que llegó á edad proporcionada, se declararon pretendientes de su mano los mayores señores de todo el reino; y el príncipe su padre, sin consultar la inclinacion de la hija, ni tener atencion á la resuelta determinacion que habia tomado de consagrar á Dios su virginidad, la dió por mujer á Egardo, uno de los primeros próceres de Suecia.



STA. CATALINA DE SUECIA V.

En virtud del humilde rendimiento con que siempre habia estado sujeta á la voluntad de sus padres, se contentó Catalina con representar el deseo que tenia de no admitir jamás otro esposo que á Jesucristo; pero no fué atendida. Llena de confianza en la Reina de las vírgenes, dió su consentimiento sin dar su corazón que habia consagrado á Dios; esperando que este Señor la guardaria, conservándola el soberano honor de esposa suya.

Con efecto, el mismo dia de la boda habló la Santa á su esposo con tanta elocuencia, con tanta energia y con tanta gracia sobre el valor y mérito de la castidad, y le supo ponderar tan vivamente la dicha de conservar esta preciosa virtud aun en el estado mismo del matrimonio, que prevenido Egardo de la divina gracia, se dejó persuadir, y desde aquel mismo punto hicieron ambos voto de perpetua castidad, y de vivir como ángeles en una santa union conyugal.

Premió el Señor aquel acto tan heroico con estraordinarios favores. Derramó desde luego en sus puros corazones aquella celestial unción; que llenando de tedio todos los gustos del mundo, hizo suavísimo y ligero el yugo del Señor. El espíritu de los dos santos esposos era uno mismo, y á un mismo objeto anhelaba su corazón. Ejercitábanse como á competencia en la oracion, en la mortificación y en obras de caridad. Catalina por su parte, no pensando ya mas que en parecer bien á Jesucristo, desde el segundo dia de la boda desterró toda gala sobresaliente y todo adorno profano. Descontentó á muchos su modestia. No tuvo ojos el mundo para ver sin mucho enfado aquel ejemplo en una señora de aquella elevacion, de aquella hermosura y aquella edad. Un hermano suyo llamado Carlos, hombre vano y poco devoto, no perdonó á medio alguno para aburrirla y para hacerla retroceder; zumbas insulsas, gracias picantes, palabras ofensivas, interpretaciones malignas, risas, desprecios, de todo se valió para obligarla á mudar de conducta; pero toda la venganza que tomó Catalina fué inspirar el mismo espíritu de reforma á su cuñada, mujer del mismo Carlos.

Muerto el príncipe su padre, su santa madre Brígida determinó cumplir el deseo que años antes tenia de pasar á Roma para visitar aquellos santos lugares. Luego que se vió en ella, y encontró tanta oportunidad y tanto incentivo para satisfacer su devocion, se olvidó de Suecia. Hacíasele muy duro á Catalina vivir tan distante de su santa madre, no pudiendo carecer tan largo tiempo de su vista y de sus ejemplos. Por otra parte consideraba á Roma como el trono de la religion y centro de la virtud, lo que avivaba en ella el deseo de ir cuanto antes á go-

zar de la amable compañía de su madre. Pidió licencia á su marido; y obtenida, se puso en camino sin dilacion, despreciando generosamente los peligros de tan prolongado viaje.

Cuando se vieron juntas madre é hija fué reciproco el gozo de las dos; pero no fueron menos mutuos sus ejemplos. Como una y otra aspiraban á un mismo objeto, una y otra se ocupaban en los mismos ejercicios. Pasaban el tiempo en hacer oracion ante los sepulcros de los santos mártires, en visitar los enfermos, y en todo género de obras de misericordia.

Era á la sazón Catalina de solos diez y ocho años. Esta corta edad, junta con aquella rara hermosura, á quien daban no sé qué lustre de orden muy superior la virtud y la modestia, obligaron á Brigida á tener á su hija un poco mas encerrada, en un lugar lleno á la sazón de peligros para la gente jóven, habiéndose especialmente desenfrenado la licencia despues que los papas habian trasladado su silla y corte á Aviñon. Murió por entonces Egardo, marido de la Santa, y divulgada la noticia, los mayores señores de Italia pretendieron á competencia casarse con la bellissima viuda, cautivados de las prendas que admiraban en ella. Pero noticiosos de su firme resolucion, tomaron algunos la violenta de robarla por fuerza. A este fin apostaron gente armada, y dispusieron otros lazos para apoderarse de ella cuando iba á hacer sus devociones; mas la providencia de su divino Esposo la libró de todos los peligros á costa de repetidos milagros.

Viendo el enemigo de la salvacion que le salian mal sus artificios, se valió finalmente de uno que faltó poco para que le probase bien. La opresion con que tenían á la santa doncella dentro de su casa, y la poca libertad que la dejaban para visitar los santuarios de Roma, la hicieron tan tediosa la estancia en aquella ciudad, que solo pensaba ya en volverse cuanto antes á Suecia. Inútilmente se cansaron su madre y su confesor en representarla que aquel desamor al retiro era tentacion del enemigo. Llenóse de una profunda melancolía; cubrióse el hermosísimo rostro de un color pálido, macilento y amarillo; hundiéronse los ojos, y su vivacidad tristemente amortiguada sobresaltó á todos, y se comenzaron á temer las mas funestas resultas, cuando Sta. Brigida, á quien el Señor habia revelado el peligro á que se esponia su hija si volvia tan presto á su país, y la necesidad que tenia de conservarse todavía en su compañía, la ordenó que doblase las devociones, que aumentase las penitencias, y que pidiese particularmente á la Santísima Virgen la alcanzase luz de su precioso Hijo para conocer cual era su voluntad. Obedeció Catalina, y fué al punto premiado su dócil rendimiento.

Parecióla ver en sueños á la Madre de las misericordias, que con semblante severo la decia no tenia que esperar su proteccion una alma ingrata, que olvidada de lo que habia prometido á Dios, solo pensaba en su patria terrena; y preocupada del desordenado amor de sus parientes, no admitia en su corazon otros deseos ni otras ansias que volver á verlos. Hizo efecto la correccion; porque en despertando Catalina, avergonzada de su inconstancia y cobardía, se arrojó á los pies de su santa madre, dándole palabra de obedecerla en todo y por todo, y de no acordarse mas de su viaje.

Desde entonces se condenó á un recogimiento mas estrecho. Su ayuno era continuo, y aumentó así el número como el rigor de sus penitencias. Tenia todos los dias cuatro horas de oracion; rezaba los salmos penitenciales con devotísima ternura, y añadía otras muchas devociones al oficio parvo de la Santísima Virgen, que desde su niñez rezaba indispensablemente cada dia. A la oracion sucedia la labor, que solo interrumpia para dar por su mano la limosna á los pobres peregrinos, para leer en un libro espiritual, ó para ejercitarse en otras muchas obras de misericordia.

Causábanla tanto fastidio las cosas del mundo, que perdió hasta la memoria de ellas. Sus ordinarias conversaciones con su santa madre eran de la pasion de Cristo, y era tal su ternura, que solo con ver á un Crucifijo se deshacia en lágrimas. Por satisfacer esta tierna devocion emprendió con su madre la peregrinacion á la Tierra Santa. Tuvieron mucho que padecer en tan penoso viaje, que hicieron únicamente por reverenciar aquellos lugares consagrados con el sudor y con los trabajos del Hijo de Dios. A vista de aquellos sagrados sitios que el Salvador habia regado con sus lágrimas y con su preciosa sangre, se conmovieron tanto las piadosas entrañas de nuestras dos peregrinas, que Sta. Brigida cayó gravemente enferma. El deseo de morir en Roma la obligó á embarcarse cuanto antes, acelerando su partida. Luego que llegó á Roma, murió; y Catalina sintió vivisimamente la pérdida de tal madre, sin hallar otro consuelo que el de su heroica virtud. Fué depositado el santo cuerpo en la iglesia de S. Lorenzo, convento de religiosas de Sta. Clara; y cinco semanas despues partió Catalina para Suecia, llevando consigo las reliquias de su bienaventurada madre, que ya habia honrado el Señor con muchas maravillas. Fueron depositadas segunda vez en el monasterio de Wazsten, donde Catalina se encerró con las religiosas de aquella santa casa, y donde su fervor, su humildad y sus asombrosas penitencias dieron nuevo

esplendor á su virtud. Obligaronla las monjas á tomar el cargo de prelada; y ella las dió la regla del Salvador, que habia abrazado y observado en Roma por espacio de veinte y cuatro años bajo la conducta de su madre, derramando el Señor sus abundantes bendiciones sobre el nuevo instituto.

Pero como creciesen cada dia los milagros que obraba el mismo Señor en el sepulcro de Sta. Brígida, el rey de Suecia Alberto, los prelados y los grandes del reino, se movieron á solicitar su canonizacion, á cuyo fin rogaron á Sta. Catalina que volviese á Roma para promover este importante negocio. Fué recibida de Urbano VI con grandes muestras de distincion; mas el cisma que entonces afligia á la Iglesia, obligó al papa á suspender por algun tiempo las informaciones del proceso, y nuestra Santa se vió precisada á retirarse á su amado monasterio de Wazsten, donde quebrantada ya su salud con tantas penitencias, trabajos y viajes, se fué debilitando poco á poco, y se conoció que no estaba muy distante el dichoso fin de su gloriosa carrera.

Habia veinte y cinco años que nuestra Santa se confesaba todos los dias; pero en su última enfermedad lo hizo con particular fervor. No pudiendo recibir el Viático por los continuos vómitos que la molestaban, pidió que la trajesen á la celda la divina Eucaristia, y renovando en su presencia con devotísima ternura los actos de fe, de esperanza, de amor y de contricion, entregó el alma en manos de su Criador la víspera de la Anunciacion de la Santísima Virgen, siendo de edad de cuarenta y nueve años.

Era tan grande la fama de su santidad, que todos los prelados circunvecinos y hasta el mismo príncipe Enrico, hijo del rey, quisieron hallarse á su entierro. El Señor, que la habia favorecido en vida con el don de los milagros, quiso honrarla tambien en muerte con muchas maravillas. En el año de 1484, el papa Inocencio VIII permitió á las religiosas de S. Salvador, por otro nombre de Sta. Brígida, celebrar la fiesta de Sta. Catalina, como la segunda fundadora de la órden despues de su santa madre. (*El Martirologio romano hace conmemoracion el dia 22 de marzo.*)

SAN AGAPITO, OBISPO.

DE este Santo de quien en este dia hace conmemoracion el Martirologio romano diciendo que fué obispo de la ciudad de Sinnada, metrópoli de la Frigia saludable; escribe Suidas, remitiéndose al testimonio de Eusebio de Panfilia, cuyo escritor le elogia



S. AGAPITO, O.

en grande manera por la multitud de sus estupendos milagros, hasta de asombrosas traslaciones de montes y ríos, y prodigiosas resurrecciones de difuntos. Y siendo estos prodigios causa de no pocas conversiones de los gentiles á la religion de Jesucristo, quiso, siendo soldado, darle muerte el emperador Máximo, porque oyó hablar con admiracion de sus portentosos hechos; cuya vida computa el cardenal Baronio por los años de 311; y en cuanto á la remision de Suidas es de opinion, que pudo tomarla de algunos de los comentarios de Eusebio, mediante á no hallarse en sus escritos originales.

EL INFANTE SAN SIMON, MÁRTIR.

CUANDO en el año de 1472 los judíos de Trento (famosa por la celebracion del último concilio general), se juntaron en su sinagoga en el miércoles de la Semana Santa, para deliberar sobre las preparaciones para la próxima Pascua, que cayó en aquel año en el jueves siguiente, tomaron la resolucion de sacrificar á su odio inveterado contra el nombre cristiano, algun infante de esta religion en el viernes siguiente ó santo. Un médico judío fué el que se encargó de procurar un niño para el caso; y mientras los cristianos estaban en sus oficios de *tinieblas* en el miércoles santo, halló uno llamado Simon, como de dos años de edad, á quien con caricias y enseñándole una moneda, le apartó de la puerta de su casa, cuyos dueños habian ido á los oficios de la iglesia, y se lo llevó consigo. El jueves por la tarde se juntaron los principales judíos en un aposento próximo á la Sinagoga, y á la media noche principiaron su cruel carniceria despedazando aquella víctima inocente. Habiéndole tapado la boca, para precaver sus gritos, hicieron varias incisiones en su tierno cuerpo, juntando en una vasija toda la sangre. Mientras tanto algunos tenian los brazos del niño estirados en forma de cruz; otros le tenían de las piernas. Estando ya el inocente medio muerto le levantaron en pié, y mientras dos de ellos le tenían por los brazos, los demás penetraban su cuerpo con lesnas y punzones. Luego que vieron haber ya espirado el tierno infante cantaron alrededor de él: *De la misma suerte tratamos en otro tiempo á Jesucristo, el Dios de los cristianos: confúndanse nuestros enemigos para siempre.* Como los magistrados y padres del niño hacian unas pesquisas de él tan escrupulosas, los judíos le escondieron primeramente en un granero de heno, despues en una bodega, y últimamente le arrojaron en el rio. Pero Dios confundió todas sus diligencias en precaver el descubrimiento del perdido infante, y

del hecho criminoso; el cual probado plenamente con todas sus circunstancias, fueron todos condenados á muerte; siendo sus principales reos despedazados en una rueda y despues quemados. La sinagoga fué destruida, y erigida una capilla en el lugar en que habia sido el niño martirizado: cuya inocente victima honró Dios con muchos milagros. Las reliquias se veneran y existen en la suntuosa tumba de S. Pedro de Trento; y su nombre ocurre en el Martirologio romano. Véase la relacion auténtica de Tiberino el médico, que reconoció el cuerpo del niño mártir; y las actas jurídicas en Surio y en Bollando, con las notas de Henschenio sobre este dia; á Martenne tambien, Ampl. Collect. Vet. t. 2. p. 1516, y Benedicto XIV, de Canonizat. l. 1. c. 14. p. 105.

La Misa es del comun de las virgenes, y la oracion, como se lee de mano en un misal antiguo de Suecia, es la siguiente:

Señor nuestro Jesucristo, que por su intercesion y merecimiento, que igualmente te siste proponer á los fieles un agradecemos con nuestra piadosa ejemplo de virtud en tu amada conversacion y con nuestras buenas obras. Tú que vives y reinas, etc.

La Epistola es de los cap. 10 y 11 de la segunda del Apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: El que se gloria, pero con todo eso sufridme: gloriése en el Señor. Porque el porque yo os zelo por zelo que que se alaba á sí mismo, no es tengo de Dios. Puesto que os el que está acrisolado, sino al he desposado para presentaros que alaba Dios. Ojalá sufrieseis como una casta virgen á un solo algun poco de mi ignorancia; lo hombre; á Cristo.

REFLEXIONES.

Qui gloriatur, in Domino gloriatur: El que se gloriare, gloriése en el Señor. Cualquiera otro motivo de gloria es frívolo y vano. Solemos engreirnos de lo que debiera humillarnos. Búsquese el origen de la vanagloria, y nos avergonzaremos de nuestra vanidad.

Engreirse, mirar á los demás con desden y con desprecio, porque un bisabuelo suyo fué hombre de mérito y de estimacion; porque sus armas y su apellido se encuentran en perga-

minos viejos y en papeles roídos; ¿puede haber vanidad mas necia ni mas mentecata? Desengañémonos, el mérito es personal; las virtudes no son hereditarias. Mas glorioso es dejar á su posteridad una nobleza que no se heredó, que heredarla de sus antepasados. No hay duda que la nobleza heredada goza sus prerrogativas autorizadas por el mismo Dios; es muy justo respetarla; ¿mas será por eso motivo racional de ostentacion y de orgullo?

La elevacion de un cargo, que quizá compraste con tu dinero, ¿te da derecho para mirar con desprecio á los que están mas abajo que tú? En todos los estados parece bellamente la modestia; pero se hace mas respetable cuanto es mas visible en las personas de distincion. Al contrario, el orgullo en todos es odioso; con la diferencia, de que en sugeto mas elevado se ve desde mas léjos. ¿Qué mérito mas superficial, mas vano ni mas frívolo que el que se funda únicamente en tener mas posesiones, mejores alhajas, y mas rentas?

¿Puede haber vanidad mas ridícula, ni mas digna de compasion que la de aquellos que se muestran fieros, altivos, desdenosos, porque tienen buena carroza, buenos caballos y buenas libreas? A la verdad, si en esto hay algun motivo de vanagloria, es preciso que se reparta entre muchos; y que toque la menor parte al que hace mas ostentacion de esta boberia.

Un vestido rico de moda, airosamente cortado, inspira altanería y orgullo; ¿pero lo puede haber mas mal fundado ni mas sin sustancia? Tiénese por mas que los otros el que se viste con mas profanidad y con mas ostentacion; pero valga la verdad: el que ha menester todo ese aparato de telas y de galones para hacerse estimar, ¿será por sí mismo muy estimable? En dando al sastré la alabanza que le toca, y á la tela el precio y la estimacion que la corresponde, ¿qué quedará para el pobre que la trae? *In vestitu ne gloriaris unquam. (Ecl. 11.)*

¡Mas oh, que es hombre de grande ingenio, de mucho entendimiento! Pues como eso sea así, tendrá poca vanidad. Rara vez se halla el orgullo en almas extraordinariamente capaces. Una virtud extraordinaria, un mérito sobresaliente, una persona de prendas muy singulares, por lo comun siempre es muy modesta. Los que merecen ser mas estimados, son de ordinario los que menos se estiman á sí mismos. Las almas vulgarísimas, los entendimientos cortos, los espíritus que arrastran por la tierra, y no saben levantarse del polvo, esos son los que están sugetos á esas hinchazones de corazon que inflaman al hombre, y le hacen pensar grandiosamente de sí. Ciertamente es preciso que valga bien

poco aquel que se sustenta de humo y de viento. *Gloriantes ad quid valebimus?* Los que se alaban á sí mismos tanto, de ordinario sirven para nada. El despreciar á otros es prueba clara de pocos talentos y de corta capacidad. La estimacion de sí mismo es enfermedad de entendimiento y achaque del corazon. Amase la gloria, suspirase por la gloria, búscase la gloria; este es todo el objeto y todo el móvil de esa fiera pasion. ¡Ah Señor! ¿y se podrá hallar la verdadera gloria fuera de vuestro servicio? ¿No es esta aun en esta vida la legitima herencia de vuestros fieles siervos? A pesar de la envidia y de la malignidad de los disolutos, es la estimacion un tributo, digámoslo así, que la razon se ve precisada á pagar á la virtud cristiana. ¡Dichoso, Dios mio, el que solo sabe gloriarse en vos! ¡dichoso el que solo hace vanidad de complaceros! ¿quién es mas digno del respeto y de la estimacion de los hombres que el que os agrada?

El Evangelio es del capitulo 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos esta parábola: Será semejante el remo de los cielos á diez vírgenes, que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á la esposa. Pero cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes; mas las cinco necias, habiendo tomado las lámparas, no llevaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardando el esposo, comenzaron á cabecear, y se durmieron todas; pero á eso de media noche se oyó un gran clamor: Mirad que viene el esposo, salid á recibirle: entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y ador-

naron sus lámparas. Mas las necias dijeron á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque se apagan nuestras lámparas. Respondieron las prudentes, diciendo: No sea que no baste para nosotras y para vosotras; id mas bien á los que lo venden, y comprad para vosotras. Pero mientras iban á comprarlo, vino el esposo, y las que estaban prevenidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin llegaron tambien las demás vírgenes, diciendo: Señor, Señor, ábrenos. Y él las responde, y dice: En verdad os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabeis el dia ni la hora.

MEDITACION.

Del pecado mortal.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el pecado mortal es el ma-

yor de todos los males, y hablando propiamente, el único mal que se debe temer. Perdimiento de bienes, de honra, de salud, infortunios, accidentes desgraciados; ¡cuantos suspiros, cuantas lágrimas costais, cuantos malos ratos dais, de cuantas pesadumbres sois causa! En medio de eso, el que es justo, el que está en gracia, es digno del respeto de los ángeles, es hombre feliz. Pero al contrario, logre uno cuanto pueda desear; sea el hombre mas dichoso del mundo; si está en pecado mortal, ¿qué es á los ojos de Dios, que es el único que sabe conocer perfectamente el mérito de todas las cosas? objeto de horror, de indignacion y de su sagrada ira. Comprende por aquí cuanta es la malicia del pecado mortal. Aunque un hombre muera pobre, menoscubiado, desgraciado, es feliz si muere sin pecado mortal; ¿pero qué es la muerte del monarca mas poderoso de todo el universo, del hombre mas dichoso del mundo, si muere en pecado?

Considera que todas las desgracias que han sucedido desde el principio del mundo; aquel diluvio de males que inundó toda la tierra; las guerras, las pestes, los incendios, las enfermedades, y tantos otros azotes; la eterna condenacion de tantas almas; el infierno mismo; aquel centro donde se juntan todas las desdichas, todo es efecto funesto de una sola culpa mortal. Infiere de aquí la malignidad de este monstruo.

No se podian imaginar criaturas mas nobles ni mas perfectas que los ángeles; y con todo eso un solo pecado mortal, que se redujo únicamente á un pensamiento de orgullo consentido, y que solo duró un momento, precipitó en los abismos, y condenó á los eternos suplicios á un número sin número de criaturas perfectísimas, que podian dar á Dios tanta gloria por toda la eternidad, á quienes Dios habia criado singularmente para su gloria. Concibamos ahora, si es posible, qué cosa es el pecado mortal; ese pecado que se comete con tanta facilidad, y casi sin remordimiento; ese pecado tan universal en todas las edades de la vida; ese pecado que se comete riendo, por diversion y por via de entretenimiento.

¡Mi Dios! ¿sabemos bien lo que nos enseña nuestra religion? ¿tenemos siquiera una leve tintura de ella? ¿es posible que se domesticquen los cristianos con el pecado, siendo el menor pecado mortal el mayor de todos los males, siendo el único mal que hay en el mundo! ¡y que haya quien pueda vivir un solo instante en pecado!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que por terrible que sea la pena

con que Dios castiga el pecado, no obstante, jamás iguala á su malicia.

Un solo pecado de desobediencia priva al primer hombre de la justicia original, prívale de todos los dones sobrenaturales, y le acarrea á él y á toda su posteridad aquella casi infinita muchedumbre de males, que nos harán llorar hasta el fin de los siglos. Seis mil años ha que Dios se está vengando, y hasta ahora no se ha dado por satisfecha su venganza; ella durará mientras dure el mundo; y el fuego del infierno, que encendió la ira de Dios, permanecerá encendido por toda la eternidad. Concibamos, si es posible, por efectos tan terribles la malicia de la causa que los produce.

¡Cuántas personas de conocida virtud, ricas en merecimientos, que habian arribado á un eminente grado de perfeccion, por un solo pecado mortal fueron infelizmente condenadas!

Háyase vivido sesenta, ochenta años en ejercicios de la mas rigurosa penitencia; háyanse practicado los actos mas heróicos de todas las virtudes; háyanse convertido á todo el universo; háyanse hecho milagros; un solo pecado mortal destruye, aniquila, por decirlo así, todo este cúmulo de buenas obras. En un momento se incurre en la desgracia de Dios; en un momento se hace el pecador horrible á sus ojos; y si viene á morir en este pecado, eternamente es funesto objeto de su ira y de sus venganzas.

Luego es mucha verdad que el pecado no solamente es el único mal, sino que hablando propiamente, no hay ni puede haber otro mal en el mundo. ¿Pero se le considera como tal? ¡Ah que el pecado agrada, que el pecado tiene atractivos, y aun se puede decir que muchas personas no hallan gusto en los placeres, si no están sazonados con la salsa del pecado! ¿Y no soy yo de este número? ¿hasta ahora he mirado al pecado con mucho horror? ¡Ah Señor! Si consulto mi grande facilidad en cometerle, y mi ningún dolor de haberle cometido, ¿qué puedo pensar, ni qué puedo decir?

Detesto, Dios mio, detesto mi ceguedad. Admiro, adoro vuestra bondad y vuestro sufrimiento. Perdonadme mis culpas pasadas, pues mi penitencia va á dar testimonio de mi arrepentimiento. El pecado es el único mal que debo temer, y tambien será el único que temeré en adelante.

JACULATORIAS.—Borrada, Señor, las manchas de mis culpas; y si tengo ya la dicha de estar lavado de ellas, purificadme cada dia mas y mas. (Psalm. 50.)

¿Cómo es posible, mi Dios, que pueda resolverme jamás á cometer la maldad de ofenderos y de injuriaros? (Genes. 39.)

PROPOSITOS.

1 *Huye del pecado como de la serpiente*, dice el Sabio, porque si te arrimas á él, te picará. De hoy en adelante á nada tengas horror sino al pecado. Las enfermedades, la pérdida de los bienes, los contratiempos, los accidentes mas funestos de la vida apenas merecen el nombre de males, porque siempre nos pueden ser muy útiles. Nada deseas, nada emprendas que no vaya acompañado de este saludable temor; y repite muchas veces entre dia, ó por lo meñor haz á Dios indispensablemente todas las mañanas, luego que despiertes, esta bella oracion de la santa Iglesia.

Domine Deus omnipotens, qui ad principium hujus diei nos pervenire fecisti, tua nos hodie salva virtute; ut in hac die ad nullum declinemus peccatum, sed semper ad tuam justitiam facientem nostra procedant eloquia, dirigantur cogitationes, et opera. Per Christum Dominum nostrum.

«O Dios y Señor omnipotente, que me has concedido la gracia de traerme á la claridad de este dia, ruégote me defiendas con tu virtud poderosa para que no cometa en el pecado alguno; antes bien todos mis pensamientos, palabras y obras, se dirijan únicamente á serviros y agradaros, siendo todos arreglados á vuestra santa ley. Por nuestro Señor Jesucristo. Amen.»

2 No basta tener horror al pecado, es menester procurar inspirar este mismo santo horror á todos los que están á nuestro cargo. Los mas de los hijos serian tan santos como S. Luis, si todas las madres fuesen tan cuidadosas de su educacion como la piadosa reina D.^a Blanca. No se pasaba dia en que esta devotísima princesa no repitiese muchas veces al príncipe su hijo estas admirables palabras: *Hijo mio, aunque sabes bien lo mucho que te amo, mas quisiera verte muerto que con un solo pecado mortal en el alma.* Aprende tú esta leccion, imita este ejemplo: repite lo mismo á tus hijos cada dia, y procura que anticipe en ellos al uso de la razon este horror al pecado, este santo y saludable temor de Dios. ¡O cuantos se conservarían inocentes! ¡cuántas familias serian dichosísimas si se cuidase de inspirar con tiempo á los niños este santo horror al pecado!